

PROFETAS NEO-LIBERALES

Procedente de los EUA, la ola neoliberal se ha extendido en el mundo capitalista. Sus ideólogos más importantes son Milton Friedmann(=MF) y Friedrich von Hayek (=FH). El autor, teniendo en cuenta su influjo en Francia durante los años 80, expone las luces y las sombras -del, neoliberalismo.

Prophètes neo-libéraux, Etudes, 372 (1990) 609-620

El orden del mercado

Para MF, el problema fundamental de la organización social es la coordinación de las actividades económicas de una multitud de individuos. La división del trabajo y la especialización de las tareas permiten utilizar mejor los recursos disponibles. Pero ¿cómo conciliar la libertad individual con la interdependencia que de ahí resulta? La coordinación de las actividades económicas sólo puede asegurarse o bien mediante una dirección centralizada (técnica del estado totalitario), o bien mediante la cooperación voluntaria de los individuos (técnica del mercado). Sólo esta alternativa es compatible con la libertad.

La técnica del mercado posibilita la cooperación entre los hombres porque una transacción económica, voluntaria e informada, beneficia a las dos partes.

En una sociedad moderna los individuos no realizan intercambios directamente, sino mediante empresas y con dinero. Pero ` tanto en una sociedad compleja como en una simple se da una verdadera cooperación entre los individuos si la empresa es privada y los contratantes, individuos; y si éstos son libres de participar o no en el cambio. La técnica del mercado prohíbe que un individuo coaccione a otro. "El consumidor se protege de la coacción porque hay otros vendedores; el vendedor se protege de la coacción del consumidor porque hay otros consumidores; el empleado se protege de la coacción del patrón porque hay otros contratistas, etc. El mercado actúa impersonalmente sin una autoridad centralizada"

Para FH la técnica del mercado permite utilizar el saber existente en una sociedad y hacerla prosperar. Hay dos clases de saber. El científico construye un orden económico racional sin ser la suma de todos los conocimientos. Se le escapan las circunstancias particulares de tiempo y espacio. Por el contrario, el operador sobre el terreno conoce las circunstancias que le conciernen y se da cuenta de que la vida económica está hecha de cambios que los economistas no perciben al interesarse por agregados estadísticos relativamente estables y percibir sólo las grandes evoluciones. Deben tomar la decisión quienes conocen directamente los cambios en las condiciones de tiempo y espacio y pueden adaptarse a ellas. Pero el hombre del terreno sólo conoce directamente su terreno. Muchos otros factores afectan la decisión a tomar. Según FH, no necesita conocerlos, pues dispone de un simple indicador: la evolución de los precios de los bienes y servicios que utiliza. El sistema de precios es una maquinaria que registra los cambios y permite al operador ajustar sus actividades a ellos. Los ajustes nunca son perfectos, pero superan a los de un economista con toda su ciencia.

FH concluye que el orden del mercado conviene a una sociedad compleja de hombres libres. Opone dos tipos de orden social. Un orden producido por la acción intencional de un hombre o de un grupo de hombres e impuesto a los demás sin percibir la complejidad de lo real. Y un orden espontáneo, resultado de iniciativas individuales acumuladas durante siglos. No es un orden intencional ni con objetivos determinados, sino reglas de conducta general, algunas de las cuales no necesitan ser conocidas: basta que sean practicadas. Cada individuo puede perseguir su propios fines, que pueden ser diferentes de los de los demás. Pero, ¿cómo coordinar las actividades dispersas que responden a necesidades diferentes y opuestas de los miembros de, la gran sociedad? La noción de orden espontáneo responde a esta cuestión. Se deben seguir las reglas de conducta que la evolución, mediante la selección, ha dado a la sociedad.

Entre las reglas de orden espontáneo, sobresalen las del mercado. Para FH, la gran sociedad está soldada por las relaciones económicas. Pero los móviles económicos no predominan sobre los demás. "Los esfuerzos económicos de los individuos y los servicios que les presta el orden del mercado consiste en repartir los medios necesarios para conseguir fines siempre de naturaleza no económica". El orden del mercado permite arbitrar entre los proyectos no económicos de los hombres mediante el único procedimiento ventajoso para todos, „aunque no pueda garantizar que lo más importante pase por delante de lo menos importante".

Contener el poder, destronar la política

Para MF la existencia del mercado libre no elimina la necesidad del gobierno. La imperfección de los hombres obliga a mantener el orden y la ley para evitar la coacción física de un individuo sobre todo y para respetar los contratos. Este es el papel del Estado, que tiende a extender su poder, siendo necesario, proteger la libertad del individuo.

El mercado permite expresar y satisfacer muchas demandas y el Estado tiende a imponer a los ciudadanos una cierta conformidad. El poder económico puede dispersarse pero es más difícil descentralizar el poder político.

"Parece inevitable la concentración cuando el poder económico se une al político". -Si el poder no puede vigilar la organización de la economía, el mercado suprime una fuente de coacción y favorece la libertad.

Es inevitable recurrir a la decisión política en materias como p. ej., el presupuesto de defensa nacional. Pero, según MF, el empleo de medios políticos es siempre peligroso. Tiende a violentarla cohesión social, sobre todo el abordar cuestiones en las que los hombres sienten de manera distinta. Las cuestiones sometidas a la decisión política deben limitarse, aunque el Estado siempre tendrá algo que hacer.

"Al mantener la ley y el orden, modificar los derechos de propiedad y las otras reglas del juego económico, 'hacer aplicar los contratos, ofrecer un cuadro monetario, y completar el papel de la caridad privada y de la familia, el Estado cumpliría importantes funciones. El liberal consecuente no es anarquista". Añadiendo la defensa nacional, la policía, y la asistencia a los pobres, tenemos la lista exhaustiva de funciones

del Estado aceptadas por MF. Toda otra actividad sólo puede tolerarse excepcionalmente.

En Camino de: Servidumbre (Alianza Edit, 1978), FH se oponía al control del Estado sobre la economía: Introducir el dirigismo conduce al totalitarismo. La actividad económica no sólo afecta preocupaciones materiales de las que uno podría liberarse. Sus móviles no son puramente económicos. Quién controla la economía puede decidir qué hay que elegir o descartar. En Derecho legislación y libertad (Ed. Unión, 1983), esbozó FH los grandes rasgos de una constitución ideal. Propone la institución de dos cuerpos representativos. Uno, elegido por todos los ciudadanos, deberá formular las reglas generales de conducta que necesita la sociedad. El otro gobernará, es decir, elegirá y se propondrá objetivos particulares. Los interesados en la realización de estos objetivos (funcionarios, jubilados, parados, etc.) no deberían participar en la elección del cuerpo gubernamental.

La justicia social, un concepto inútil y perjudicial

MF no habla de justicia social sino de igualdad. Distingue dos clases de igualdad: la igualdad ante Dios y la igualdad personal, que incluye la libertad y no supone la idéntica situación de los individuos.

La igualdad de oportunidades no implica esta identidad. Es compatible con la libertad. No puede decirse lo mismo de la igualdad de resultados. Nadie preconiza una igualdad en el sentido de identidad, sino la equidad. Pero debe haber alguien que diga lo: que es equitativo y que lo imponga a todos. "Hay una contradicción fundamental entre el ideal de las partes equitativas (o el ideal del que deriva: "A cada cual según sus necesidades") y el ideal de la libertad personal".

MF formula así el principio ético de la distribución: "A cada cual según lo que produce y los instrumentos que posee", tanto si los ha adquirido por el trabajo o por herencia. Se trata de un corolario de la libertad y no de un principio de ética individual. Un individuo puede compartir libremente su patrimonio (nivel ético) pero nadie puede obligarle (es libre). Este principio se relaciona con la justicia distributiva, donde interviene la práctica del pago en función del producto (o del resultado) Si de dos individuos, uno prefiere divertirse y el otro trabajar duro, la igualdad de trato exige que el primero sea menos pagado que el segundo.

El sistema capitalista se caracteriza por una desigualdad considerable de rentas y de fortunas, menor que en las sociedades arcaicas. Es una desigualdad a corto plazo: la movilidad del sistema puede cambiarlo todo. En las sociedades con estatuto rígido la menor desigualdad es más grave, pues puede durar indefinidamente.

En este análisis no tiene lugar el concepto de justicia social ni puede hablarse de responsabilidad social de la empresa. En una economía libre, "el negocio tiene una sola responsabilidad social: utilizar sus recursos y acrecentar sus beneficios, practicando una competencia abierta y libre, sin fraude. Los dirigentes sindicales deben defender los intereses de los miembros de sus organizaciones".

Para FH la justicia social es un concepto inútil. La conducta de un individuo puede considerarse justa o injusta, pero no los resultados que se manifiestan en el mercado. Este es un proceso impersonal. Sólo deben respetarse las reglas de su funcionamiento. El mercado es el proceso más ventajoso para la mayoría, el que permite obtener más riqueza y bienestar: El mérito, la calidad del trabajo no siempre serán recompensados: el mercado tiene ganadores y vencidos. Es necesario adaptarse para obtener la mayor ventaja para el mayor número de personas.

Quienes en Francia propugnan una renovación del liberalismo-han sido influidos por las ideas de FH y MF, adaptadas a la realidad francesa, y también por la tradición francesa ilustrada (Jacques Rueff o Maurice Allais).

Sobre la desigualdad son más moderados que FH o MF Guy Sorman rechaza la noción de justicia social y la substituye por la de solidaridad. Según él, el socialismo se ha atribuido la noción de justicia social, convirtiéndola en una ideología de la redistribución. El liberalismo clásico ha creído que todo se arregla gracias a las virtudes del mercado. El crecimiento crea tensiones económicas y sociales. "La actitud liberal deja funcionar naturalmente a la sociedad y ayuda a quienes realmente lo necesitan".

Jean-Yves Naudet reconcilia el liberalismo con la doctrina social de la iglesia. Admite las objeciones de FH contra la justicia social, pero le resulta insuficiente la noción de justicia conmutativa que autoriza grandes desigualdades. Subraya que FH acepta una asistencia mínima a los más desprotegidos, no con el fin igualitario de la redistribución, sino en razón de la dignidad propia del hombre. El salario, la contratación y el despido se realizarán según las leyes del mercado. El pago de una renta mínima distinta del salario permitirá vivir dignamente a cada uno y a su familia.

El Club de l'Horloge rechaza igualmente la redistribución igualitaria y apela a la solidaridad. Philip de Baccou distingue dos tipos de desigualdad: la que se asegura mano de obra barata y la que estimula el dinamismo de un país. La primera debe ser combatida; la segunda, aceptada. La solidaridad debe beneficiar a quienes el mercado no puede remunerar o no lo hace suficientemente. Hay que garantizar una participación mínima en las retribuciones colectivas a los más desfavorecidos. "La óptica de la solidaridad busca la integración de todos en el cuerpo social".

Los neoliberales franceses quieren para la economía la mayor autonomía. En su concepto de Estado mínimo, Guy Sorman aboga por la descentralización. La carta liberal nacional es acompañada de una carta liberal local que prevé la desburocratización, la no intervención económica de los poderes locales, la información a la población, etc. Se alegra de la alianza entre los liberales tradicionales y los conservadores cristianos, desaprobando la tendencia de éstos a imponer soluciones autoritarias en política y moral. Yvan Blot, del Club de l'Horloge, preconiza un recentramiento de las misiones del Estado: "menos Estado en la economía, información, educación y cultura (...) más eficacia del Estado en los ámbitos de la soberanía y de la seguridad":

Jean-Yves Naudet hace ver que la noción de Estado mínimo no es incompatible con la noción de bien común; propia de la tradición cristiana: respeta las comunicaciones naturales (familia) y permite observar mejor la jerarquía de valores. En la cumbre del

orden social se encuentra la persona humana con su legítima autonomía; después, las comunidades de todo tipo, el Estado inclusive.

Luces y sombras

El neoliberalismo resalta el papel del cambio en la vida económica, su lugar central entre la producción y la distribución de recursos y en la obtención de los medios financieros del crecimiento.

También da importancia a la iniciativa y responsabilidad de los actores de la economía. Los hombres quieren liberarse de estructuras jerárquicas y burocráticas y controlar su acción personal. De ahí la preocupación por reemplazar las estructuras de organización verticales por estructuras descentralizadas. Los derechos de las personas y de los grupos de la sociedad civil no se protegen suficientemente si el Estado, además de ejercer las funciones que le corresponden, actúa en el ámbito de la iniciativa privada.

Serías objeciones pueden levantarse, sin embargo, contra el neoliberalismo: ¿ofrece el mercado una protección eficaz al vendedor, consumidor y empleado? ¿Son realistas las perspectivas de los neoliberales sobre el funcionamiento del mercado? En vez de ser un medio infalible de cooperación, el mercado es un lugar de rivalidad y lucha por el poder. Es difícil creer que los hombres están dispuestos a jugar el juego del mercado y a aceptar sin protestar deterioros graves de su nivel de subsistencia.

Una ideología cerrada

La separación radical entre los individuos es una objeción de fondo: el otro es el enemigo, contra el que hay que protegerse. El único medio de comunicación entre individuos es el intercambio comercial impersonal. Sólo hay que observar las reglas del intercambio. El individuo sólo busca su interés personal y los otros objetivos le son impuestos por coacción. Esta no es la concepción de Adam Smith. Este muestra que el hombre puede simpatizar con su semejante y actuar de *espectador imparcial*. *El homo oeconomicus* sigue siendo un hombre. Aunque actúe por interés propio, su conducta tiene consecuencias para los demás y debe procurar que sean beneficiosas. Que, en la *gran sociedad* los hombres persigan fines diferentes no quiere decir que no puedan reconocer sus fines respectivos y hablar sobre ellos. La búsqueda de un consenso es posible, aunque difícil: implica la aceptación de un debate y de arbitraje que no son usurpaciones de la libertad.

Para el neoliberalismo, la ética es asunto del individuo y sólo consiste en la observación de reglas de conducta. Se habla hoy de la *ética de la empresa*. Para el neoliberalismo, ésta sólo legitimaría el funcionamiento de la empresa: Afirmar que la responsabilidad social de la empresa se limita a la salvaguarda de sus intereses es permanecer en una moral cerrada. Sólo hay moral cuando se tienen en cuenta las interpelaciones del exterior. El jefe de empresa debe conciliar los imperativos de sobrevivencia de su negocio con los intereses de los interlocutores de la empresa.

Los neoliberales rechazan la noción de equidad. El concepto es relativo, pero con un sentido real: el respeto a la dignidad del ser humano. No basta el pago una renta mínima

a los que no pueden ser retribuidos porque no trabajan. La pérdida del empleo ya es una exclusión intolerable.

El: neoliberalismo es una ideología. Encerrado en un universo anónimo, unidimensional, el hombre no encuentra en él su lugar. Advertidos de las desgracias de otra ideología, de la que se liberan los pueblos de Europa central y oriental, no debemos caer en su réplica inversa: el neoliberalismo.¹

Notas:

¹N. de la R. Para completar -desde otra perspectiva, que toma en consideración un grupo importante de sociólogos y politólogos norteamericanos- lo que el autor indica aquí, puede leerse: J.M. MARDONES, ¿El capitalismo como liberación? La teología política neoconservadora, Razón y Fe 218 (1989) 357-369. M. expone los rasgos más sobresalientes de la teorización neoconservadora del capitalismo democrático desde la angulación religiosa, señalando, además, algunos de los interrogantes que le suscita el proyecto.

Tradujo y condensó: JOSEP JIMÉNEZ